

MÁS  
ALLÁ  
DE LAS  
SOMBRAS  
EL ÁNGEL DE LA NOCHE, III

B R E N T W E E K S

Traducción de  
Gabriel Dols Gallardo

PLAZA  JANÉS

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, lo que garantiza una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los bosques primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Beyond the Shadows. The Night Angel Trilogy, Book 3*

Primera edición: febrero, 2011

© 2008, Brent Weeks

© 2011, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2011, Gabriel Dols Gallardo, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-33914-1

Depósito legal: B. 841-2011

Compuesto en Anglofort, S.A.

Impreso y encuadernado en Liberdúplex

Ctra. BV2241, km 7,4

08791 Sant Llorenç d'Hortons

L 3 3 9 1 4 1

*Para Kristi,  
por todos los motivos de costumbre.*

*Y también...*

*Para mi padre,  
por tu excelencia e integridad,  
y por criar niños que susurran: «¡Piiip!».*

# 1

Logan de Gyre estaba sentado en medio del lodo y la sangre, en pleno campo de batalla de la arboleda de Pavvil, cuando Terah de Graesin fue a verlo. Apenas había pasado una hora desde que habían provocado la desbandada de los khalidoranos, cuando el monstruoso ferali forjado para devorar al ejército cenariano se había vuelto contra sus amos norteños. Logan había dado las órdenes que le habían parecido más urgentes y después había concedido permiso a todo el mundo para sumarse a los festejos que estaban apoderándose del campamento de Cenaria.

Terah de Graesin llegó sola. Logan estaba sentado en una piedra baja, sin preocuparse del barro. De todas formas, su elegante ropa ya estaba manchadísima de sangre y cosas peores. El vestido de Terah, en cambio, estaba limpio a excepción del dobladillo de la falda. Llevaba calzado alto, pero ni siquiera eso podía mantenerla del todo a salvo de la gruesa capa de fango. Se detuvo ante Logan, que no se puso en pie.

Terah fingió que no se daba cuenta. Logan fingió no reparar en que los guardaespaldas de la reina, inmaculados tras la batalla, estaban escondidos entre los árboles a menos de cien pasos de distancia. Terah de Graesin solo podía tener un motivo para buscarlo: se preguntaba si seguía siendo la reina.

Si Logan no hubiese estado tan derregado, le habría hecho gracia. Terah acudía a él sola, como muestra de vulnerabilidad o de arrojo.

—Hoy habéis sido un héroe —le dijo—. Habéis parado a la bestia del rey dios. Dicen que la habéis matado.

Logan meneó la cabeza. Él había atacado al ferali, y entonces el rey dios lo había abandonado; pero otros soldados le habían causado heridas más graves que él. Algo había parado al rey dios, pero no Logan.

—Habéis ordenado al monstruo que destruya a nuestros enemigos, y ha obedecido. Habéis salvado Cenaria.

Logan se encogió de hombros. Le parecía que todo había sucedido mucho tiempo atrás.

—Supongo que la cuestión es —prosiguió Terah de Graesin— si habéis salvado Cenaria para vos, o para todos nosotros.

Logan le escupió ante los pies.

—No me vengas con gilipollices, Terah. ¿Te crees que vas a manipularme? No tienes nada que ofrecer, nada con lo que amenazar. ¿Que tienes una pregunta para mí? Muestra un poco de respeto y hazla sin tanto puto rodeo.

Terah estiró la espalda, alzó la barbilla e hizo un amago de movimiento con la mano, pero entonces se contuvo.

Fue ese gesto abortado lo que llamó la atención de Logan. Si hubiese llegado a levantar la mano, ¿habría sido la señal para que sus hombres atacasen? Logan miró detrás de ella, al bosque que bordeaba el campo de batalla, pero lo primero que vio no fueron los hombres de Terah, sino los suyos. Los Perros de Agon, entre ellos dos de los diestros arqueros que Agon había armado con arcos ymmuríes y convertido en cazadores de brujos, habían tomado posiciones con sigilo a espaldas de los guardaespaldas de Terah. Los dos cazadores de brujos tenían los arcos armados pero no tensos. Era evidente que ambos se habían cuidado de colocarse donde Logan pudiera verlos con claridad, porque no distinguía a primera vista a ninguno de los demás Perros.

Un arquero iba alternando entre mirar a Logan y a un blanco entre los árboles. Logan siguió su mirada y avistó al arquero oculto de Terah, que le apuntaba esperando un gesto de su señora. El otro cazador de brujos tenía la vista fija en la espalda de la propia reina. Estaban esperando una señal de Logan. Tendría que haber adivinado que sus seguidores, que se las sabían todas, no lo dejarían solo cuando Terah de Graesin andaba cerca.

Miró a Terah. Era delgada, guapa, con unos ojos verdes imperiosos que le recordaban a los de su madre. Terah creía que Logan no estaba al corriente de la presencia de sus hombres en el bosque. Pensaba que Logan no sabía que ella jugaba con ventaja.

—Esta mañana me habéis jurado lealtad en unas circunstancias poco propicias —dijo Terah—. ¿Pretendéis ser fiel a vuestro juramento, o deseáis coronaros rey?

No podía preguntarlo a las claras, ¿verdad? No estaba en su naturaleza, ni siquiera cuando creía tener un control absoluto sobre Logan. No sería una buena reina.

Logan creía haber tomado ya una decisión, pero vaciló. Recordó la sensación de impotencia que había experimentado en el Agujero, la desesperanza que había sentido cuando asesinaron a Jenine, con la que acababa de casarse. Recordó el desconcertante placer que le había procurado ordenar a Kylar que matase a Gorkhy y ver cumplido su deseo. Se preguntó si sentiría el mismo gozo viendo morir a Terah de Graesin. Con un mero gesto de cabeza a esos cazadores de brujos, lo descubriría. Nunca volvería a sentirse impotente.

Su padre le había dicho que un juramento es la medida del hombre que lo presta. Logan había visto lo que pasaba cuando hacía lo que sabía correcto, por estúpido que pareciera en su momento. Eso era lo que había unido a los ojeteros en torno a él. Eso era lo que le había salvado la vida cuando estaba con fiebre y apenas consciente. Eso era lo que había hecho que Lilly, la mujer que los khalidoranos metamorfosearon en el ferali, se volviese contra sus amos. En última instancia, haciendo lo correcto Logan había salvado a toda Cenaria. Sin embargo, su padre, Regnus de Gyre, había vivido fiel a sus juramentos cargando con un matrimonio infeliz y un servicio infeliz a un rey mezquino y malicioso. Tragaba sapos todo el día y dormía bien cada noche. Logan no sabía si era tan hombre como su padre. No podría hacerlo.

De modo que vacilaba. Si Terah levantaba la mano para ordenar a sus hombres que atacaran, estaría rompiendo el pacto entre señora y vasallo. Si lo rompía, Logan sería libre.

—Nuestros soldados me han proclamado rey —dijo Logan

con tono neutral. «Pierde los nervios, Terah. Ordena el ataque. Ordena tu propia muerte.»

Los ojos de Terah se encendieron, pero mantuvo la voz firme y la mano inmóvil.

—Los hombres dicen muchas cosas en el ardor de la batalla. Estoy dispuesta a perdonar esa indiscreción.

«¿Para esto me salvó Kylar?»

«No. Pero esto es el hombre que soy. Soy hijo de mi padre.»

Se puso en pie poco a poco para no alarmar a los arqueros de ningún bando y luego, con lentitud, se arrodilló y tocó los pies de Terah de Graesin en señal de sumisión.

Esa noche, un pelotón de khalidoranos atacó el campamento cenariano y mató a docenas de hombres borrachos en plena celebración antes de huir al amparo de la oscuridad. Por la mañana, Terah de Graesin mandó a Logan de Gyre y a mil de sus hombres a darles caza.

El centinela era un sa'ceurai veterano, un señor de la espada que había matado a dieciséis hombres, cuyos mechones delanteros había atado a su cabello de un rojo encendido. Escudriñaba sin tregua la oscuridad allá donde se encontraban el bosque y el robledal y, cuando se volvía, escudaba sus ojos de las fogatas bajas de sus camaradas para proteger su visión nocturna. A pesar del viento fresco que azotaba el campamento y arrancaba gemidos de los grandes robles, no llevaba casco que entorpeciera su oído. Sin embargo, no tenía ninguna oportunidad de detener al ejecutor.

«Ex ejecutor», pensó Kylar, equilibrado usando un solo brazo sobre una gruesa rama de roble. Si todavía fuese un asesino a sueldo, mataría al centinela y problema resuelto. Kylar se había convertido en algo diferente, el Ángel de la Noche —inmortal, invisible y casi invencible—, y solo administraba la muerte a quienes la merecían.

Aquellos espadachines del país cuyo nombre mismo significaba «la espada», Ceura, eran los mejores soldados que Kylar había visto. Habían acampado con una eficiencia que evidenciaba años de campañas. Habían arrancado los matorrales que pudieran ocultar una incursión enemiga, habían amontonado tierra junto a cada hoguera para reducir su visibilidad y habían distribuido sus tiendas de campaña de tal modo que protegiesen a sus caballos y sus oficiales. Cada fogata calentaba a diez hombres, cada uno de los cuales conocía a todas luces sus responsabilidades. Se movían como hormigas en el bosque y, una vez terminadas sus tareas,



cada hombre se alejaba como mucho hasta una hoguera adyacente. Jugaban apostando, pero no bebían ni alzaban la voz. El único borrón en la eficiencia de los ceuríes parecía proceder de su armadura. Con las piezas ceuríes de bambú lacado, un hombre podía armarse solo. Sin embargo, para ponerse las armaduras khalidoranas que habían robado una semana antes en la arboleda de Pavvil hacía falta ayuda. Había escamas de acero mezcladas con cota de malla y hasta corazas, y los ceuríes no podían decidir si debían dormir con la armadura puesta o si debían organizar a los hombres en parejas para que se hicieran de escuderos.

Al ver que se permitía a cada pelotón que decidiera por sí mismo cómo arreglar el problema, sin perder tiempo consultando a instancias superiores, Kylar supo que su amigo Logan de Gyre no tenía nada que hacer. El adalid Lantano Garuwashi acompañaba el amor ceurí por el orden con un sentido de la responsabilidad individual, lo que explicaba en buena medida por qué nunca había perdido una batalla. Por ese motivo debía morir.

De modo que Kylar avanzó entre los árboles como el aliento de un dios vengativo, agitando las ramas solo cuando coincidía con un golpe de viento. Los robles crecían en filas rectas y espaciadas, interrumpidas solo por los árboles jóvenes que se habían abierto hueco a codazos entre sus mayores para después volverse a su vez ancianos. Se acercó tanto como pudo a la punta de una rama y espió por entre las copas mecidas por el viento a Lantano Garuwashi, que a la tenue luz de su hoguera tocaba la espada que tenía en el regazo con el júbilo que proporciona una adquisición reciente. Si Kylar conseguía pasar al roble siguiente, podría descender a meros pasos de su muriente.

«¿Puedo seguir llamando “muriente” a mi blanco aunque ya no sea un ejecutor?» Resultaba imposible pensar en Garuwashi como en un «blanco». Kylar todavía podía oír la voz de su maestro, Durzo Blint: «Los asesinos —decía con tono despectivo— tienen blancos, porque los asesinos a veces fallan».

Calculó la distancia hasta la siguiente rama capaz de aguantar su peso. Ocho pasos. No era un gran salto. Lo complicado era frenar su impulso al aterrizar, en silencio y con un solo brazo. Si no

saltaba, tendría que escurrirse entre dos hogueras donde los hombres todavía cruzaban de forma intermitente y el terreno estaba cubierto de hojas muertas. Saltaría, decidió, cuando se levantase el siguiente sople fuerte de brisa.

—Brilla una luz extraña en tus ojos —dijo Lantano Garuwashi.

Era grande para ser ceurí, alto, esbelto y musculoso como un tigre. Las franjas de su propio pelo, que llameaba con el mismo color que el fuego titilante, solo se entreveían entre los sesenta mechones de todos los colores que se había cobrado de los oponentes a los que había dado muerte.

—Siempre me ha encantado el fuego. Quiero recordarlo mientras muero.

Kylar cambió de postura para ver a quien había hablado. Era Feir Cousat, un coloso rubio tan ancho como alto. Kylar había coincidido con él una vez. Feir no solo era diestro con la espada, sino también un mago. Era una suerte para Kylar que estuviera de espaldas.

Una semana atrás, después de que el rey dios khalidorano Garoth Ursuul lo matase, Kylar había hecho un trato con el ser de ojos amarillos llamado el Lobo. En su fantasmagórica guarida en las tierras entre la vida y la muerte, el Lobo le prometió restaurarle el brazo derecho y devolverlo a la vida enseguida si Kylar robaba la espada de Lantano Garuwashi. Lo que había parecido sencillo —¿quién puede impedirle robar a un hombre invisible?— se estaba complicando por momentos. ¿Quién puede parar a un hombre invisible? Un mago capaz de ver a los hombres invisibles.

—¿De modo que realmente crees que el Cazador Oscuro vive en este bosque? —preguntó Garuwashi.

—Desenvainad un poco la espada, adalid —dijo Feir. Garuwashi desnudó un palmo de la espada. La hoja, que parecía un cristal lleno de fuego, irradiaba luz—. La hoja arde para avisar de un peligro o de magia. El Cazador Oscuro es ambas cosas.

«Yo también», pensó Kylar.

—¿Está cerca? —preguntó Garuwashi. Se puso en cuclillas como un tigre listo para saltar.

—Os advertí que atraer hasta aquí al ejército cenariano podía

ser nuestra muerte, y no la de ellos —dijo Feir. Volvió a fijar la vista en el fuego.

Durante la última semana, desde la batalla de la arboleda de Pavvil, Garuwashi había conducido hacia el este a Logan y sus hombres. Como los ceuríes se habían disfrazado con armaduras de los khalidoranos muertos, Logan creía que estaba persiguiendo los restos del ejército invasor derrotado. Kylar aún no tenía ni idea de por qué Lantano Garuwashi había llevado a Logan hasta allí.

Bien pensado, tampoco tenía ni idea de por qué la bola de metal negro llamada ka'kari había decidido servirle, por qué lo devolvía a la vida al morir, por qué él veía en el alma de los hombres la contaminación que exigía la muerte o, ya puestos, por qué salía el sol o cómo se mantenía colgado en el cielo sin caerse.

—Me dijiste que estaríamos a salvo siempre que no entrásemos en el bosque del Cazador.

—Dije «probablemente» a salvo —corrigió Feir—. El Cazador detecta y odia la magia. Esa espada sin duda cuenta.

Garuwashi expresó su desprecio del peligro con un gesto de la mano.

—No hemos entrado en el bosque del Cazador, y, si quieren combatir con nosotros, los cenarianos tendrán que hacerlo —dijo.

Al comprender por fin el plan, a Kylar se le cortó la respiración. El robledal estaba rodeado de espesura por el norte, el sur y el oeste. La única manera de que Logan sacara partido a su superioridad numérica sería cortar por el este, donde las secuoyas gigantes del bosque del Cazador Oscuro concedían a un ejército espacio de sobra para maniobrar. Sin embargo, se decía que una criatura de otra época mataba todo lo que entrara en ese bosque. La gente culta se mofaba de tal superstición, pero Kylar había conocido a los campesinos de Vuelta del Torras. Si eran supersticiosos, eran un pueblo con una sola superstición. Logan se metería derecho en una trampa.

Volvió a levantarse un viento que arrancó gemidos de las ramas. Kylar gruñó para sus adentros y saltó. Con la ayuda de su Talento superó la distancia con facilidad. Por otra parte, se había dado demasiado impulso y se pasó de largo, de modo que resbaló

hasta rebasar el extremo más alejado de la rama. Unos pequeños espolones negros atravesaron su ropa a lo largo de los lados de sus rodillas, su antebrazo izquierdo e incluso desde sus costillas. Por un momento, los espolones fueron de metal líquido, por lo que más que desgarrar su ropa la absorbieron en cada minúsculo pincho, y después se solidificaron y Kylar se detuvo de sopetón.

Cuando volvió a encaramarse a la rama, las púas regresaron bajo su piel como si se derritieran. Kylar se quedó temblando, y no solo por lo cerca que había estado de caer. «¿En qué me estoy convirtiendo?» Con cada muerte que cosechaba y cada muerte que padecía se volvía más fuerte. Era algo que lo mataba de miedo. «¿A qué coste? Tiene que haber un precio.»

Apretando los dientes, bajó por el árbol con la cabeza por delante, dejando que las garras fuesen emergiendo de su piel, perforaran minúsculos agujeros en su ropa y en la corteza y desapareciesen de nuevo. Cuando llegó al suelo, el ka'kari negro rezumó de todos sus poros hasta cubrirlo como una segunda piel. Enmascaró su cara, su cuerpo, su ropa y su espada, y empezó a devorar la luz. Invisible, Kylar avanzó.

—Soñaba con vivir en un pueblo pequeño como esa Vuelta del Torras —dijo Feir, que daba a Kylar su espalda ancha como la de un buey—. Construir una forja en el río, diseñar una noria de agua para mover los fuelles hasta que mis hijos tuviesen edad para ayudarme. Un profeta me dijo que podía pasar.

—Basta de tus sueños —lo interrumpió Garuwashi, poniéndose en pie—. Mi ejército principal ya casi debería haber atravesado las montañas. Tú y yo nos vamos.

«¿Ejército principal?» La última pieza encajó en su lugar. Por eso los sa'ceurai se habían vestido de khalidoranos. Garuwashi había atraído a lo más selecto del ejército de Cenaria muy al este, mientras concentraba el grueso de sus tropas en el oeste. Derrotados los khalidoranos en la arboleda de Pavvil, los campesinos que Cenaria había movilizado probablemente ya estaban regresando a toda prisa a sus granjas. En cuestión de días, un par de centenares de guardias del castillo de Cenaria tendrían que vérselas con el ejército ceurí al completo.

—¿Nos vamos? ¿Esta noche? —preguntó Feir, sorprendido.

—Ahora.

Garuwashi lanzó una sonrisita directamente hacia Kylar. Este se quedó paralizado, pero no captó ningún destello de reconocimiento en aquellos ojos verdes. En lugar de eso, vio algo peor.

Había ochenta y dos muertes en los ojos de Garuwashi, ¡ochenta y dos!, y ni una sola de ellas era un asesinato. Matar a Lantano Garuwashi no sería justicia; sería acabar con él sin más. Kylar renegó en voz alta.

Con un solo salto Lantano Garuwashi se puso en pie, arrojó la vaina lejos de la columna de llamas que era su espada y adoptó una posición de combate. El corpulento Feir fue solo un poco más lento. Se levantó y se volvió con el acero desnudo en la mano más rápido de lo que Kylar habría creído posible de un hombre tan grande. Abrió mucho los ojos al ver al intruso.

Kylar gritó de frustración y dejó que unas llamas azules barrieran la negra piel de ka'kari y la gran máscara ceñuda que lo cubrían. Oyó por detrás los pasos de un guardaespaldas ceurí que se disponía a atacar. Con un foganazo de Talento, Kylar dio un salto mortal hacia atrás, plantó los pies en los hombros del guardaespaldas y se impulsó en ellos para salir volando de nuevo. El sa'ceurai se estrelló contra el suelo y Kylar dio volteretas por los aires, envuelto en llamas azules que crepitaban y relampagueaban.

Antes de agarrarse a la rama, apagó el fuego azulado y se hizo invisible. Saltó de copa en copa con su única mano, renunciando a todo sigilo. Si no hacía algo esa misma noche, Logan y todos sus hombres morirían.

—¿Eso era el Cazador? —preguntó Garuwashi.

—Peor aún —respondió Feir, pálido—. Era el Ángel de la Noche, quizá el único hombre en el mundo al que deberíais temer.

Los ojos de Lantano Garuwashi se encendieron, y Feir vio en aquel fuego que el adalid interpretaba las palabras «hombre al que temer» como «digno adversario».

—¿Hacia dónde ha ido? —preguntó Garuwashi.

Cuando Elene llegó a la pequeña posada de Vuelta del Torras a lomos de su caballo, agotadísima, había allí una joven despampante, de larga melena pelirroja recogida en una cola de caballo y con un pendiente brillando en su oreja izquierda, que se subía a un semental ruano. El mozo de cuadra se quedó mirando alelado mientras la mujer se alejaba cabalgando hacia el norte.

Elene casi tuvo que atropellar al mozo para que se diera la vuelta. El chico la miró parpadeando como un memo.

—Anda, tu amiga acaba de irse —dijo señalando a la pelirroja que se alejaba.

—¿De qué estás hablando?

Elene estaba tan cansada que apenas podía pensar. Había caminado durante dos días hasta que uno de los caballos la había encontrado. No había llegado a saber qué había sido del resto de los cautivos, de los khalidoranos o del ymmurí que la había salvado.

—Todavía podrías alcanzarla —dijo el mozo de cuadra.

Elene había visto a la joven el tiempo suficiente para saber que no se conocían. Negó con la cabeza. Tenía que aprovisionarse en Vuelta del Torras antes de ponerse en camino hacia Cenaria. Además, estaba oscureciendo y, tras haber pasado días enteros andando con sus captores khalidoranos, necesitaba una noche en una cama y también, desesperadamente, la oportunidad de lavarse.

—No creo —dijo.

Entró, alquiló una habitación a la ajetreada mujer del posadero con una parte de la generosa cantidad de plata que había en-

contrado en las alforjas de su caballo, se aseó, lavó su ropa mugrienta y se durmió en el acto.

Antes de que amaneciera, se puso con desagrado el vestido todavía húmedo y bajó al comedor.

El posadero, un joven menudo, entró con una caja llena de jarras fregadas y se puso a colocarlas boca abajo para que se secaran antes de irse por fin a la cama. Saludó a Elene con un amable gesto de la cabeza, sin apenas levantar la vista.

—Mi mujer tendrá listo el desayuno dentro de media hora. Y si... ¡la leche! —Volvió a mirarla, fijándose en ella por primera vez—. Maira no me dijo...

Se frotó las manos con el delantal en lo que era a todas luces un gesto rutinario, porque no las tenía mojadas, y se acercó a una mesa llena a rebosar de cachivaches, notas y libros de contabilidad.

Sacó una nota y se la entregó a Elene con expresión contrita.

—Anoche no te vi, o te la hubiese dado en el acto.

El nombre y la descripción de Elene estaban escritos en la cara exterior de la nota. La desdobló y sacó de dentro otra misiva, más pequeña y arrugada. Esa segunda nota estaba escrita con la letra de Kylar. Estaba fechada el día en que la había dejado en Caernarvon. A Elene se le hizo un nudo en la garganta al leerla:

Elene, lo siento. Lo he intentado. Juro que lo he intentado. Hay cosas que valen más que mi felicidad. Hay cosas que solo yo puedo hacer. Véndeselos al maestro Bourary y traslada la familia a una parte mejor de la ciudad. Siempre te querré.

Kylar todavía la amaba. La amaba. Elene siempre lo había creído, pero no era lo mismo que verlo escrito con esa letra descuidada suya. No hizo ningún esfuerzo por contener las lágrimas, sin preocuparse siquiera por el desconcertado posadero, que abrió y cerraba la boca sin saber qué hacer con una mujer que lloraba en su establecimiento.

Elene se había negado a cambiar y eso le había costado todo, pero el Dios le daba una segunda oportunidad. Demostraría a Kylar lo fuerte, profundo y generoso que podía ser el amor de una

mujer. No iba a ser fácil, pero era el hombre al que amaba. Tenía que ser él. Le quería, y no había vuelta de hoja.

Pasaron varios minutos antes de que leyera la otra nota, escrita con la letra de una mujer desconocida:

Me llamo Vi. Soy la ejecutora que mató a Jarl y secuestró a Uly. Kylar te dejó para salvar a Logan y matar al rey dios. El hombre al que amas salvó Cenaria. Espero que estés orgullosa de él. Si vas a Cenaria, he dado a Mama K acceso a mis cuentas para ti. Coge lo que quieras. Por lo demás, Uly estará en la Capilla, igual que yo, y creo que Kylar no tardará en ir también. Hay... más, pero no soporto escribirlo. Tuve que hacer algo espantoso, para que pudiéramos ganar. No hay palabras para borrar lo que os he hecho. Lo siento muchísimo. Ojalá pudiera compensarlo, pero no puedo. Cuando vengas, podrás cobrarte la venganza que desees, mi vida incluida.

VI SOVARI

A Elene se le estaban erizando los pelos de la nuca. ¿Qué clase de persona se declararía semejante enemiga y semejante amiga a la vez? ¿Dónde estaban los pendientes nupciales de Elene? ¿«Hay más»? ¿Qué significaba eso? ¿Vi había hecho algo espantoso?

El peso muerto de la intuición cayó en el estómago de Elene. Aquella mujer del día anterior llevaba un pendiente. Probablemente no era... sin duda no sería...

—Oh, Dios mío —exclamó Elene. Corrió a por su caballo.

El sueño era diferente todas las noches. Logan estaba en la plataforma, observando a la hermosa y mezquina Terah de Graesin. Una mujer que pasaría por encima de un ejército de cadáveres o se casaría con un hombre al que despreciaba con tal de ver cumplida su ambición. Como le había sucedido aquel día, a Logan le falló el corazón. Su padre se había casado con una mujer que había envenenado toda su felicidad. Logan no podía seguir sus pasos.

Como le había sucedido aquel día, Logan le pidió que jurase fi-



delidad, sobre aquella plataforma redonda que le recordaba al Agujero donde se había podrido durante la ocupación khalidorana. Terah se negó. Sin embargo, en vez de someterse él para que los ejércitos no se dividieran en vísperas de una batalla, en ese sueño Logan decía: «Entonces te condeno a muerte por traición».

Su espada cantó. Terah retrocedió con un traspies, demasiado lenta. La hoja le cortó el cuello hasta la mitad.

Logan la agarró y, de repente, era otra mujer, otro lugar. La garganta rajada de Jenine derramaba sangre sobre su camisón blanco y el pecho desnudo de Logan. Los khalidoranos que habían irrumpido en su alcoba nupcial se reían.

Se revolvió y despertó. Estaba tumbado a oscuras. Le costó un tiempo reorientarse. Su Jenine estaba muerta. Terah de Graesin era reina. Logan había jurado lealtad. Logan de Gyre había empeñado su palabra, que significaba no solo un juramento sino su verdad. De modo que, si su reina le ordenaba exterminar al último puñado de khalidoranos, obedecía. Siempre se alegraría de matar khalidoranos.

Se sentó en la oscuridad de la tienda de campaña y vio a la capitana de sus guardaespaldas, Kaldrosa Wyn. Durante la ocupación, los burdeles de Mama K se habían convertido en los lugares más seguros de la ciudad para las mujeres. Mama K había aceptado solo a las más bellas y exóticas. Ellas habían sido quienes derramaron la primera sangre khalidorana de la guerra, durante una emboscada que coordinaron por toda la ciudad y luego pasó a conocerse como la Nocta Hemata, la Noche de la Sangre. Logan les había rendido homenaje en público y se habían vuelto suyas. Las que podían luchar habían luchado y muerto, y lo habían salvado. Después de la batalla de la arboleda de Pavvil, Logan había licenciado al resto de la Orden de la Jarretera a excepción hecha de Kaldrosa Wyn. Su marido era uno de los diez cazadores de brujos, y no iban a ninguna parte separados, de manera que, en palabras de Kaldrosa, ya que estaba al menos trabajaría.

Kaldrosa llevaba su jarretera en el brazo izquierdo. Cosida a partir de estandartes khalidoranos encantados, brillaba incluso en la oscuridad. Kaldrosa era, por supuesto, guapa, con la tez olivá-

cea de los sethíes, una risa ronca y cien anécdotas, algunas de las cuales ella proclamaba incluso ciertas. La cota de mallas no era de su talla, y llevaba un tabardo con el halcón gerifalte blanco de Logan, que rompía un círculo negro con la punta de sus alas.

—Es la hora —dijo Kaldrosa.

El general Brant Agon asomó la cabeza en la tienda de campaña y luego entró. Todavía necesitaba dos bastones para caminar.

—Han vuelto los exploradores. Nuestros khalidoranos de élite se creen que están montando una emboscada. Si llegamos desde el norte, el sur o el este, tendremos que atravesar bosque denso. El único camino pasa por el bosque del Cazador. Si existe de verdad, nos exterminará. Si yo me las estuviera viendo contra mil cuatrocientos hombres y mi fuerza fuese solo de cien, no creo que pudiese hacerlo mejor.

Si la situación hubiese surgido un mes antes, Logan no habría vacilado. Habría dirigido a su ejército a través de los espacios despejados del bosque del Cazador, y a tomar viento las leyendas. Sin embargo, en la arboleda de Pavvil había visto caminar a una leyenda... y devorar a miles de hombres. El ferali había resquebrajado la convicción de Logan de que sabía diferenciar entre superstición y realidad.

—Son khalidoranos. ¿Por qué no se han dirigido al norte, hacia el paso de Quorig?

Agon se encogió de hombros. El interrogante tenía una semana de antigüedad. Aquel pelotón no era ni por asomo tan torpe como los khalidoranos que conocían. Aun perseguidos por el ejército de Logan, habían dado golpes de mano. Cenaria había perdido cien hombres. Los khalidoranos, ninguno. Lo único que Agon podía suponer era que se trataba de una unidad de élite de alguna tribu khalidorana con la que los cenarianos no se habían topado nunca. Logan se sentía como si contemplara un acertijo. Si no lo resolvía, su gente moriría.

—¿Todavía queréis golpearles desde todos los lados? —preguntó Agon.

El problema devolvió la mirada a Logan, mofándose de él. La solución no llegó.

—Sí.

—¿Todavía insistís en dirigir en persona a la caballería a través del bosque?

Logan asintió. Si pensaba pedir a sus hombres que se expusieran a que un monstruo desconocido los matara, él iría con ellos.

—Sois muy... valiente —dijo Agon. Había servido a nobles durante el tiempo suficiente para conseguir que un cumplido transmitiera mundos de insulto.

—Basta —dijo Logan mientras aceptaba el yelmo que le entregaba Kaldrosa—. Vamos a matar khalidoranos.

El vürdmeister Neph Dada tosió con un ruido grave, rasposo y mal-sano. Carraspeó sonoramente y escupió el resultado en su mano. Después inclinó la palma y observó cómo caía la flema a la tierra antes de volver su mirada hacia el resto de los vürdmeisters que rodeaban su baja hoguera. Aparte del joven Borsini, que parpadeaba sin cesar, no dieron muestras de asco. Nadie sobrevivía el tiempo suficiente para llegar a vürdmeister solo a base de fuerza mágica.

En el suelo había unas figuras que emitían un leve resplandor dispuestas en formaciones militares.

—Esto no es más que una estimación de las posiciones de los ejércitos —dijo Neph—. Las fuerzas de Logan de Gyre son las de rojo, unos mil cuatrocientos hombres mal contados, al oeste del bosque del Cazador Oscuro, en tierras cenarianas. Los de azul son quizá doscientos ceurries que se hacen pasar por khalidoranos, justo en el confín del bosque. Más al sur, en blanco, hay cinco mil de nuestros queridos enemigos, los lae'knaught. Khalidor no ha luchado frente a frente contra los lae'knaught desde que todos vosotros todavía tomabais el pecho, de modo que permitidme que os recuerde que, aunque odian toda clase de magia, nosotros somos lo que fueron creados para destruir. Cinco mil de ellos son más que suficientes para rematar el trabajo que empezaron los cenarianos en la batalla de la arboleda de Pavvil, o sea que debemos andarnos con ojo.

Con rápido detalle, Neph esbozó lo que sabía del despliegue de todas las fuerzas, inventándose los pormenores cuando le parecía

apropiado y siempre hablando en términos que superasen a los vürdmeisters, como si esperase que entendieran complejidades del mando militar que nunca les habían explicado. Cuando moría un rey dios, empezaban las matanzas. Primero los herederos se echaban unos encima de otros. Después los supervivientes reclutaban a meisters y vürdmeisters y volvían a empezar hasta que solo quedaba un Ursuul. Si nadie imponía su dominio con rapidez, el derramamiento de sangre se extendería hasta los meisters. Neph no pensaba dejar que eso sucediera.

Así pues, en cuanto estuvo seguro de que el rey dios Garoth Ursuul había muerto, encontró a Tenser Ursuul, uno de los herederos del monarca, y convenció al muchacho de que transportase a Khali. Tenser creía que llevar consigo a la diosa significaría poder. Y lo significaría... para Neph. A Tenser le supondría catatonía y demencia. A continuación, Neph había emitido un sencillo mensaje a los vürdmeisters de todos los confines del imperio khalidorrano: «Ayudadme a llevar a Khali a casa».

Al responder a un llamamiento religioso, todo vürdmeister que no quisiera malgastar su vida respaldando a algún sanguinario crío de los Ursuul disponía de una escapatoria legítima. Y si Neph domaba a aquellos primeros vürdmeisters que habían llegado de sus destinos en tierras cercanas, cuando se les unieran otros procedentes del resto del imperio también agacharían la cabeza. Si algo se les daba bien a los reyes dioses era inculcar la sumisión.

—El bosque del Cazador Oscuro se extiende entre nosotros —Neph abarcó con un gesto a los vürdmeisters, a sí mismo y a la escolta de Khali, apenas cincuenta hombres en total— y todos esos ejércitos. He visto con mis propios ojos cómo ordenaban a más de cien hombres, meisters y no meisters, entrar en el bosque. No ha salido ninguno. Nunca. Si lo único que estuviera en juego fuese la seguridad de Khali, no os llamaría la atención sobre ello. —Neph volvió a toser, con los pulmones ardiendo, aunque también la tos estaba calculada. Aquellos que no hincarían la rodilla ante un hombre joven quizá se conformasen con ganar tiempo al servicio de otro viejo y enfermo. Escupió—. Los ceuríes tienen la espada del poder, Curoch. Aquí mismo. —Señaló el punto en el

que había caído su flema, justo al borde del bosque del Cazador Oscuro.

—¿Curoch ha adoptado la forma de Ceur'caelestos, la Espada del Cielo de los ceuríes? —preguntó el vürdmeister Borsini.

Era el joven parpadeante de la narizota grotesca con orejones a juego. Tenía la vista perdida en la distancia. A Neph no le hizo gracia. ¿Había escuchado a escondidas mientras el explorador le informaba?

El vir de Borsini, la medida del favor de la diosa y el poder mágico de un meister, llenaba sus brazos como cien tallos de rosa negros y espinosos. Tan solo Neph tenía más superficie de la piel cubierta de vir, en su caso ondulándose en espirales que parecían tatuajes lodricarios vivos y lo ennegrecían de la frente a las uñas. Sin embargo, a pesar de su inteligencia y poder, Borsini solo estaba en la undécima shu'ra. Neph, Tarus, Orad y Raalst eran todos de la duodécima shu'ra, el mayor rango que podía alcanzar cualquiera que no fuese el rey dios.

—Curoch adopta la forma que se le antoja —dijo Neph—. La cuestión es que, si Curoch entra en el bosque del Cazador, no saldrá nunca. Tenemos una remota posibilidad de adueñarnos de un trofeo que perseguimos desde hace siglos.

—Pero aquí hay tres ejércitos —señaló el vürdmeister Tarus—. Todos nos superan en número y todos nos matarían de mil amores.

—Tratar de conseguir la espada probablemente acarreará la muerte, pero quisiera recordaros —dijo Neph— que, si no lo intentamos, responderemos por ello. En consecuencia, iré yo. Soy viejo. Me quedan pocos años, de modo que mi muerte costará menos al imperio.

Por supuesto, si Neph tuviese a Curoch en sus manos, centuplicando su poder mágico, todo cambiaría, y los demás lo sabían.

El vürdmeister Tarus fue el primero en protestar.

—¿Quién os ha puesto al mando...?

—Khali —interrumpió el joven Borsini antes de que Neph pudiera hacerlo. «¡Maldición!»—. Khali me ha enviado una visión —dijo—. Por eso os he preguntado, vürdmeister Dada, cómo llamaban los ceuríes a la espada. Khali me dijo que debo ir en pos de

Ceur'caelestos. Soy el más joven de nosotros, el más prescindible y el más rápido. Vürdmeister Dada, Ella me dijo que os hablará esta mañana. Debéis esperar su mensaje junto a la cama del príncipe. Solo.

El chico era un genio. Borsini quería una oportunidad de hacerse con la espada, y estaba comprando el visto bueno de Neph delante de todos. Neph se quedaría junto a Khali y el príncipe catatónico y, cuando saliera, lo haría con «un mensaje de la diosa». A decir verdad, Neph no había tenido ninguna intención de ir por la espada, pero intentarlo era la única manera de asegurarse de que los demás lo obligaran a quedarse. Borsini cruzó la mirada con él. Sus ojos decían: «Si consigo la espada, tú me sirves. ¿Entendido?».

—Bendito sea su nombre —dijo Neph. Los demás corearon sus palabras. No entendían del todo lo que acababa de pasar. Con el tiempo lo comprenderían—. Deberías llevarte mi caballo —prosiguió Neph—; es más rápido que el tuyo.

Y además, Neph había entret Tejido un pequeño sortilegio a su crin. Cuando saliera el sol, más o menos la hora a la que un jinete llegaría al extremo sur del bosque, el sortilegio empezaría a emitir un pulso de magia que atraería al Cazador Oscuro. Borsini no viviría para ver el mediodía.

—Gracias, pero soy muy torpe con los caballos nuevos. Me llevaré el mío —replicó Borsini, con voz cuidadosamente neutra. Movió sus enormes orejas, y se dio unos tironcillos nerviosos de la narizota. Se olía una trampa y sabía que la había sorteado, pero quería que Neph lo achacase a la suerte.

Neph parpadeó como si estuviera decepcionado y después se encogió de hombros como si deseara ocultarlo y dar a entender que no importaba.

Y no importaba. Había atado ese sortilegio a la crin de todos los caballos del campamento.

Kylar nunca había empezado una guerra.

Acercarse al campamento de los lae'knaught no precisó ni por asomo el sigilo que había empleado para infiltrarse entre los ceuríes. Invisible, se limitó a pasar entre los centinelas de negros tabardos blasonados con un sol dorado: la luz pura de la razón que ahuyentaba a la penumbra de la superstición. Kylar sonrió. A los lae'knaught iba a encantarles el Ángel de la Noche.

El campamento era enorme. Albergaba a una legión entera, cinco mil soldados, entre ellos mil de los célebres lanceros lae'knaught. Como sociedad puramente ideológica, los lae'knaught afirmaban no poseer ninguna tierra. En la práctica, habían ocupado el este de Cenaria durante dieciocho años. Kylar sospechaba que aquella legión estaba destinada allí como demostración de fuerza, para disuadir a Khalidor de cualquier intento de seguir expandiéndose hacia el este. Quizá estuvieran allí por casualidad.

En realidad, daba igual. Los lae'knaught eran unos matones. Si hubiese habido un ápice de integridad en sus proclamas de combatir la magia negra, habrían acudido en defensa de Cenaria cuando Khalidor la invadió. En lugar de eso, habían ganado tiempo, quemando «brujos» locales y reclutando entre los refugiados cenarianos. Probablemente habían esperado acudir al rescate cuando el poder de Cenaria estuviese aniquilado y así procurarse unas tierras incluso mejores por las molestias.

Sin provocar a nadie, Cenaria había sido invadida por los lae'knaught desde el este, por Khalidor desde el norte y ahora por



Ceura desde el sur. Iba siendo hora de que algunas de esas espadas codiciosas se cruzasen entre sí.

Una hoja negra humeante brotó con un movimiento fluido de la mano izquierda de Kylar. La hizo resplandecer, envuelta en llamas azules, pero mantuvo invisible su cuerpo. Dos soldados que chismorreaban en vez de recorrer sus rutas de patrulla se quedaron paralizados al ver la aparición. El primer guarda era relativamente inocente. En los ojos del otro, Kylar vio que había acusado a un molinero de brujería para poder cortejar a su esposa.

—Asesino —dijo.

Atacó con la espada ka'kari. La hoja, más que cortar, devoró. Apenas sintió resistencia mientras el filo atravesaba nasal, nariz, barbilla, tabardo, gambesón y estómago. El hombre bajó la vista y después se tocó la cara partida, de la que manaba la sangre a borbotones. Gritó y sus entrañas se desparramaron por el suelo.

El otro centinela salió disparado, chillando.

Kylar corrió, envolviéndose con sus ilusiones. Como a través de humo se vislumbraban segmentos brillantes de piel negra y metálica iridiscente, las medialunas de unos músculos exagerados, un rostro que era el Juicio, con el ceño pronunciado, los pómulos angulosos y marcados, una boca minúscula y unos ojos negros lustrosos sin pupila, de los que emanaban llamas azules. Atravesó un corro de reclutas cenarianos demacrados, que lo miraron con los ojos desorbitados y las armas en la mano pero olvidadas. No había crímenes en sus ojos. Aquellos hombres se habían alistado porque no tenían otro modo de alimentarse.

El siguiente grupo había participado en un centenar de incendios y actos peores.

—¡Violador! —gritó Kylar, mientras atravesaba las entrañas de uno con su espada ka'kari. Sería una muerte lenta.

Tres más cayeron antes de que nadie lo atacara. Esquivó una lanza con un paso de baile y le cortó la punta; después siguió corriendo hacia las tiendas del alto mando situadas en el centro del campamento.

Una corneta tocó a rebato con estridencia, por fin. Kylar siguió avanzando entre las hileras de tiendas, retomando en ocasiones su

invisibilidad, siempre reapareciendo antes de matar. Soltó a varios de los caballos para crear confusión, pero no muchos. Quería que el ejército pudiera reaccionar con rapidez.

En cuestión de minutos, el campamento entero estaba sumido en el caos. Un tiro de caballos galopaba desbocado sacudiendo de un lado a otro la lanza de carro a la que estaban atados, que se enredaba con las tiendas de campaña y se las llevaba por delante. Los hombres chillaban, gritaban obscenidades y farfullaban sobre un fantasma, un demonio, una aparición. Algunos se atacaban entre ellos en la oscuridad y la confusión. Una tienda de campaña estalló en llamas. Cada vez que asomaba un oficial, gritando para intentar imponer el orden, Kylar mataba. Al final, encontró lo que buscaba.

Un hombre más mayor salió hecho una furia de la tienda más grande del campamento. Se puso un gran yelmo en la cabeza, símbolo de un *maestre lae'knaught*, un general.

—¡Formad! ¡En erizo! —gritó—. ¡Idiotas, os están embaucando! ¡Formación en erizo, malditos seáis!

Entre el terror de sus hombres y el gran yelmo que amortiguaba sus palabras, al principio pocos le hicieron caso, pero un corneta tocó la señal una y otra vez. Kylar vio que los hombres empezaban a formar círculos sueltos de diez soldados vueltos hacia fuera, con las lanzas en la mano.

—Solo lucháis entre vosotros. Es un espejismo. ¡Recordad vuestra armadura! —El maestre se refería a la armadura de la incredulidad. Los *lae'knaught* creían que las supersticiones solo tenían poder si se creía en ellas.

Kylar saltó muy alto y dejó que regresara su visibilidad mientras caía ante el oficial. Aterrizó sobre una rodilla, con la mano izquierda en el suelo sosteniendo la espada, y la cabeza gacha. Aunque el caos seguía imperando en la distancia, los hombres de las inmediaciones se quedaron mudos de asombro.

—Maestre —dijo el Ángel de la Noche—. Traigo un mensaje para vos. —Se puso en pie.

—No es más que una aparición —anunció el general—. ¡Juntos! ¡Águila tres!

El corneta tocó las órdenes y los soldados arrancaron a trotar hacia sus puestos.

Más de cien hombres se agolparon en el claro que se extendía ante la tienda del general, formando un amplio círculo alrededor de Kylar, con las lanzas apuntando hacia dentro. El Ángel de la Noche rugió y unas llamas azules saltaron de su boca y sus ojos. Un reguero de fuego recorrió su espada. Hizo girar la hoja en círculos tan rápidos que se desdibujó formando largas cintas de luz. Después la enfundó de golpe con un estallido de luz que dejó a los soldados parpadeando y viendo chiribitas.

—Necios lae'knaught —dijo el Ángel de la Noche—. Esta tierra es ahora khalidorana. Huid o seréis exterminados. Huid u os las veréis con vuestro juicio. —Proclamándose khalidorano, Kylar esperaba que cualquier represalia recayese en los ceuríes disfrazados que estaban intentando matar a Logan y todos sus hombres.

El maestro parpadeó. Después gritó:

—¡Los espejismos no tienen poder sobre nosotros! ¡Recordad vuestra armadura, hombres!

Kylar dejó que las llamas se atenuasen, como si el Ángel de la Noche fuera incapaz de sostenerse sin la creencia de los lae'knaught. Se desvaneció hasta que lo único visible fue su espada, que se movía trazando formas lentas: de las Sombras Matutinas a la Gloria de Haden, del Goteo de Agua a la Pifia de Kevan.

—No puede tocarnos —anunció el maestro a los centenares de soldados que abarrotaban ya los límites del claro—. ¡La Luz es nuestra! No tememos a la oscuridad.

—¡Yo os juzgo! —dijo el Ángel de la Noche—. ¡Declaro que os hallo indigno!

Se esfumó por completo y vio dibujarse el alivio en todos los ojos que bordeaban el círculo; algunos hombres y mujeres sonreían abiertamente y meneaban la cabeza, asombrados pero victoriosos.

El ayuda de campo del maestro le llevó su caballo y le entregó las riendas y su lanza. El oficial montó con aspecto de que necesitaba empezar a repartir órdenes, reafirmar su control y poner a trabajar a sus hombres para que no pensaran, para que no sucumbie-

ran al pánico. Kylar esperó hasta que abrió la boca y entonces gritó tan alto que ahogó su voz.

—¡ASESINO!

Lo único que apareció fueron las medialunas de los bíceps, los nudosos músculos de los hombros y unos ojos resplandecientes, seguidos del fragor de las llamas cuando la espada se encendió en pleno giro. Un soldado se desplomó. Para cuando su cabeza se separó rodando de su cuerpo, el Ángel de la Noche había desaparecido.

Nadie se movió. No era posible. Las apariciones eran producto de la histeria colectiva. No tenían cuerpo.

—¡ESCLAVISTA!

En esa ocasión, la espada apareció solo al asomar por la espalda del soldado. La hoja lo levantó en vilo y después lo lanzó contra el costado del caldero de hierro. El hombre se estremeció y su carne chisporroteó sobre las brasas, pero no rodó para apartarse.

—¡TORTURADOR!

El estómago más refinado de la legión se abrió en canal.

—¡IMPURO! ¡IMPURO! —gritó el Ángel de la Noche, con el cuerpo entero resplandeciendo de un azul encendido y matando a diestra y siniestra.

—¡Acabad con él! —gritó el general.

Envuelto en llamas azules que bailaban y crepitaban en largas estelas a su espalda, Kylar ya estaba saltando para alejarse del claro. Manteniéndose visible y ardiente, corrió derecho hacia el norte, como si volviera hacia el campamento «khalidorano». Los hombres se apartaban de su camino a la desesperada. Luego apagó las llamas, se volvió invisible y regresó para ver si su trampa había funcionado.

—¡A formar! —gritó el maestro, con la cara morada de furia—. ¡Marchamos al bosque! ¡Es hora de matar brujos, hombres! ¡En marcha! ¡Ya!